

Colaboradores en la Labranza



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Colaboradores en la Labranza

Nº 1602

Un sermón predicado la mañana del Domingo 5 de Junio de 1881 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor. Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios.” — 1 Corintios 3: 6-9 ([a](#)).

En todas las épocas desde la Caída, ha habido en el corazón humano una tendencia a olvidar a Dios y alejarse de Él. La idolatría ha sido el pecado de todas las naciones, incluyendo el pueblo favorecido de Dios, el pueblo judío, e incluidas también ciertas personas que se llaman a sí mismas cristianas, pero que hacen ídolos de las cruces y de las imágenes. Este principio maligno de ignorar a Dios, y erigir algo entre nuestras mentes y nuestro Creador, brota por todos lados, en cada departamento del pensamiento.

Cuando los hombres estudian las obras de Dios en la naturaleza, a menudo tienden un velo para esconder al grandioso Labrador. Debido a que Dios actúa de una cierta manera, definen a Su método de acción como una ley, y de inmediato hablan de estas leyes como si fuesen fuerzas y poderes en sí y por sí, y de esta forma Dios es proscrito de Su propio universo, y Su lugar es usurpado, en el mundo científico, por ídolos llamados “leyes naturales.” Toman el ámbito de la providencia, y en este punto, en busca de causas segundas, centran su atención en las personas, en lugar de ver la mano de Dios en todo. Indagan las causas de la prosperidad, y se deprimen mucho si parecieran no existir. O viendo a los agentes de la aflicción, se

enojan contra ellos, en lugar de postrarse delante del Dios que ha usado a esos agentes para corrección. Es fácil convertir en ídolos a las causas segundas, y olvidar al Dios que está presente en todas partes, causando que todas las cosas obren conjuntamente para bien. Es muy triste que este principio perverso se inmiscuya en la iglesia, y sin embargo, difícilmente es excluido. Podrán atrancar todas sus puertas y asegurarlas como quieran, pero los fabricantes de ídolos entrarán con sus relicarios.

En el caso de la iglesia de Corinto, Pablo encontró que los hermanos tenían tan alta estima de ciertos predicadores, que se olvidaban de su Dios y Salvador. En lugar de que todos dijeran: “somos discípulos de Cristo,” y todos se unieran para promover la causa común, formaban partidos, y uno decía: “Pablo, que fundó esta iglesia, debe ser tenido en la mayor reverencia, y somos de Pablo”; otros replicaban: “pero Apolos es más elocuente que el apóstol, y por él hemos sido edificados hasta sobrepasar a Pablo, y por tanto, somos de Apolos”; mientras un tercer grupo declaraba que ellos no eran miembros de ningún grupo, pues eran “hermanos,” y eran “de Cristo.” Estos últimos, yo sospecho, ignoraban o denunciaban a los otros dos partidos, y no tenían ninguna comunión con ellos para testificar contra su sectarismo y promover la unidad. Yo supongo esto basándome simplemente en la conducta de algunos “hermanos” que en nuestros días toman como su modelo a los corintios, y suprimen a todos los demás, siendo más exclusivos que cualquier otra denominación del cristianismo.

El apóstol advierte a los santos de Corinto en contra de esto: trae al Señor ante sus mentes, y les pide que recuerden que si Pablo planta y Apolos riega, es Dios quien da el crecimiento. Puesto que tienen en tal alto concepto a los hombres, afirma que “Ni el que planta es algo, ni el que riega,” sino Dios, que da el crecimiento, es todo. Traten, queridos amigos, de poner al Señor siempre delante de ustedes, en esta iglesia y en todas sus iglesias. Conozcan a quienes laboran entre ustedes y ténganlos en alta estima por amor de su trabajo, pero no dependan de ellos. Recuerden que los ministros más capaces, los más exitosos evangelistas, los más profundos maestros no son nada, después de todo, sino colaboradores en la labranza de Dios: “Porque nosotros somos colaboradores de Dios.” Que su mente esté puesta en el Señor y no en los siervos, y no digan: “estamos con este hombre porque él planta,” y “estamos con aquel porque él riega,” y

“nosotros” (un tercer grupo) “no estamos del lado de nadie”; sino más bien unámonos en atribuir toda la honra y la alabanza a Dios, que hace en nosotros todas nuestras obras, pues toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, a quien sea la gloria por todas las edades, por los siglos de los siglos.

Voy a comenzar por la parte final de mi texto, porque me parece que es la manera más fácil de organizar mi sermón. Primero, comentaremos que la iglesia es el huerto de Dios: “Vosotros sois labranza de Dios.” En la nota marginal de la versión revisada leemos: “Vosotros sois el huerto labrado de Dios,” y esa es la expresión precisa para mí. “Vosotros sois el huerto labrado de Dios,” o la labranza. Después que hayamos hablado de la labranza, a continuación diremos algo sobre el hecho que Él emplea colaboradores en la labranza; y cuando hayamos considerado a los colaboradores (pobres criaturas como son) recordaremos que Dios mismo es el grandioso Agricultor: “Porque nosotros somos colaboradores de Dios.”

I. Comenzamos considerando que LA IGLESIA ES LA LABRANZA DE DIOS. El Señor ha establecido, por Su elección soberana, que la iglesia sea Suya mediante una compra, habiendo pagado por ella un precio inmenso. “Porque la porción de Jehová es su pueblo; Jacob la heredad que le tocó.” Debido a que la porción del Señor estaba hipotecada, el unigénito Hijo entregó Su vida como precio de compra, y redimió a Su pueblo para que fuera la porción del Señor por siempre y para siempre. A partir de ese momento se dice a todos los creyentes: “No sois vuestros, porque habéis si comprados por precio.” Cada acre de la labranza de Dios costó al Salvador sudor sangriento, sí, la sangre de Su corazón. Él nos amó, y se entregó por nosotros: ese es el precio que pagó. ¡Qué rescate! La muerte de Cristo casi ha parecido a veces un precio demasiado alto para la pobre tierra que somos; pero nuestro Señor, habiendo puesto Su mirada y Su corazón en Su pueblo, no retrocedió, sino que completó la redención de la posesión comprada. De ahora en adelante, la iglesia es el dominio absoluto de Dios, quien tiene la escritura de propiedad de esa tierra, sí, de ustedes y mía, pues le pertenecemos a Él, y nos complace reconocer ese hecho: “Yo soy de mi amado, y mi amado es mío.” La iglesia es la labranza de Dios por elección y compra.

Y ahora la ha hecho Suya poniéndole un vallado. Antes yacía expuesta como parte de un terreno comunal, desnuda y estéril, cubierta de espinas y cardos, y siendo guarida de todo tipo de bestias salvajes; pues “éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.” Éramos parte del agobiante desierto, hasta que el divino conocimiento anticipado inspeccionó el erial, y el amor que elige marcó su porción con una línea plena de gracia, y así nos apartó para que fuéramos el campo del Señor para siempre. En el tiempo señalado, la gracia eficaz salió con poder, y nos separó del resto de la humanidad, así como los campos son vallados y cavados para separarlos del páramo abierto. ¿Acaso no ha declarado el Señor que eligió Su viña y la cercó? ¿Acaso no ha dicho: “Yo seré para ella, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ella”?

Somos un huerto cercado todo alrededor
Elegido y convertido en tierra especial;
Una pequeña parcela, con vallas de gracia
Proveniente del vasto desierto del mundo.

El Señor ha convertido esta labranza en evidentemente Suya por el cultivo. ¿Qué más habría podido hacer por Su labranza? Ha cambiado completamente la naturaleza del terreno: lo ha convertido en tierra productiva, habiendo sido estéril. Ha arado la labranza, y la ha cavado, y la ha abonado, y la ha regado, y la ha plantado con todo tipo de flores y frutos. Ya ha producido para Él muchos frutos deliciosos, y se avecinan tiempos más brillantes, cuando los ángeles den el aviso de la cosecha, y Cristo “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho.”

Esta labranza es cuidada y convertida en lo que es, mediante la protección continua de Dios. No sólo la cercó, y trabajó en ella con Su milagroso poder, para convertirla en Su propia labranza, sino que continuamente mantiene posesión de ella. “Yo Jehová la guardo, cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día, para que nadie la dañe.” Si no fuera por el poder continuo de Dios, sus vallados pronto habrían sido derribados, y las bestias salvajes devorarían sus campos. Manos perversas están tratando siempre de romper sus paredes para dejarla baldía otra vez, de tal forma que no haya una verdadera iglesia en el mundo; pero el Señor es celoso de Su tierra, y no permitirá que sea destruida. Si la iglesia fuese

abandonada por Dios, se tornaría en un ululante desierto, pero no tendrá ese fin nunca. Una iglesia no permanecería por tanto tiempo siendo una iglesia, si Dios no la preservara para Sí. ¿Qué pasaría si Dios dijese: “Le quitaré su vallado, y será consumida; aportillaré su cerca y será hollada. Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerán el cardo y los espinos; y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella”? ¡En qué desierto se convertiría! ¿Qué dijo Él? “Andad ahora a mi lugar en Silo, donde hice morar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel.” Vayan a Jerusalén, donde antaño estuvieron la ciudad de Su gloria y el santuario de Su habitación, y ¿qué queda de eso hoy en día? Vayan a Roma, donde Pablo predicó una vez con poder el Evangelio, y ¿qué es esa ciudad hoy sino el centro de la idolatría? El Señor puede quitar el candelero, y dejar que un lugar que era brillante como el día, se torne negro como las tinieblas mismas. Por esta razón la labranza de Dios permanece siendo una labranza, porque siempre está allí para evitar que se convierta de nuevo en el antiguo desierto. Se requiere tanto del poder Omnipotente para mantener cultivados los campos de la iglesia, como se requirió poder para recuperarlos inicialmente.

En tanto que la iglesia es la propia labranza de Dios, Él espera recibir una cosecha de ella. Allí donde ha sembrado en abundancia, viene a nosotros en busca de gavillas. El mundo es un erial, y no espera nada de él. Pero nosotros somos tierra labrada, y por tanto debemos producir una cosecha. La esterilidad es propia de un erial, pero sería un gran descrédito para una labranza. El amor espera retornos de amor; la gracia dada, exige el fruto de la gracia. Regados con las gotas del sudor sangriento del Salvador, ¿no produciremos a ciento por uno para Su alabanza? Cuidados por el Espíritu eterno de Dios, ¿no serán producidos en nosotros frutos para Su gloria? La labranza del Señor en nosotros ha mostrado un gran derroche en costo, y trabajo y pensamiento; ¿no habría de producir un retorno proporcional? ¿No debería el Señor recibir una cosecha de obediencia, una cosecha de santidad, una cosecha de utilidad, una cosecha de alabanza? ¿Acaso no será así?

Pienso que algunas iglesias olvidan que se espera un crecimiento en toda área de la labranza del Señor, pues no tienen nunca una cosecha y ni siquiera buscan una. La gente se reúne y toman sus asientos el día domingo,

y escuchan los sermones, es decir, cuando no se duermen. Los sacramentos son celebrados, se contribuye con un poco de dinero, unos cuantos pobres son socorridos, y los asuntos se arrastran al paso de una babosa. No creo que a algunas iglesias se les haya ocurrido intentar influenciar a una aldea entera, o esforzarse por traer a Cristo a la población circundante; y cuando ciertos espíritus más cálidos buscan traer pecadores a Jesús, los individuos mayores y más prudentes agarran toallas mojadas, y las utilizan con sorprendente efectividad, de tal forma que cada señal de entusiasmo es sofocada.

Hermanos, no deben suceder tales cosas. Yo concibo que si no hubiesen cristianos en Inglaterra, excepto los miembros de nuestras iglesias bautizadas, estos serían suficientes para los grandiosos designios de misericordia de Dios, si fueran despertados a una labor real. Ay, los holgazanes son muchos, pero los colaboradores son pocos. Hermanos míos, miren el número de iglesias no conformistas en esta tierra, y los ministerios que permanecen en la iglesia establecida, y si estos estuvieran más plenamente avivados a una vida espiritual, ¿no habría suficientes obreros en la labranza de casa? Si todas las iglesias sintieran que no existen simplemente por existir, ni por motivos de gozo, ¿no actuarían de manera diferente? Los agricultores no aran sus tierras ni siembran sus campos por simple diversión; quieren hacer negocio, y aran y siembran porque desean obtener una cosecha. Si este hecho pudiera meterse en la cabeza de algunas personas que profesan, ciertamente verían las cosas bajo una luz diferente.

Pero, últimamente, da la impresión que pensamos que no se esperaría que la iglesia de Dios produjera algo, sino que existe para su propio consuelo y beneficio personal. Hermanos, no debe ser así; el grandioso Labrador debe recibir alguna recompensa por Su labranza. Todo campo debe producir su crecimiento, y toda la propiedad debe producir para Su alabanza. Nos unimos a la esposa en el Cantar diciendo: “Mi viña, que es mía, está delante de mí; las mil serán tuyas, oh Salomón, y doscientas para los que guardan su fruto.” Pero regreso al punto de partida. Esta labranza es, por elección, por compra, por cercado, por cultivo, por preservación, enteramente del Señor.

Veán, entonces, la injusticia de permitir a cualquiera de los colaboradores que llame propia la tierra, aunque sea una fracción de la misma. Cuando un gran hombre tiene una gran labranza propia, ¿qué pensaría si Hodge el labrador dijera: “Mire, yo aro esta finca, y por lo tanto es mía: le pondré por nombre a este campo: Los Acres de Hodge”? “No,” dice Hobbs, “yo seguí esa tierra en la cosecha pasada, y por tanto, es mía, y la llamaré: El Campo de Hobbs.” ¿Qué pasaría si todos los demás labradores se volvieran como Hodge y como Hobbs, y se dividieran la tierra entre ellos? Creo que el dueño de las tierras pronto los echaría fuera a todos. La finca pertenece a su dueño, y debe llevar su nombre; pero es absurdo llamarla por los nombres de los labriegos que la trabajan. ¿Acaso labriego es un título irrespetuoso para ser aplicado a los trabajadores? Vamos, lo quise utilizar para cualquiera y para todos aquellos cuyos nombres figuren a la cabeza de una denominación de la iglesia. Quise decir Lutero, Calvino, Wesley, y otros grandes hombres, pues en su punto culminante, comparados con su Señor, sólo son campesinos de la labranza, y no debemos llamar a las partes de la labranza por sus nombres. Recuerden cómo lo declaró Pablo: “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” La iglesia entera le pertenece a quien la ha elegido en Su soberanía, la compró con Su sangre, la cercó por Su gracia, la cultivó por Su sabiduría y la preservó por Su poder. No hay sino una iglesia sobre la faz de la tierra, y quienes aman al Señor deben guardar en mente esta verdad. Pablo es un colaborador, Apolos es un colaborador, Cefas es un colaborador, pero el huerto no es de Pablo, ni siquiera una fracción cuadrada de un acre, ni tampoco ni un solo trozo de tierra le pertenece a Apolos, o la más pequeña porción a Cefas: “y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.” El hecho es que, en este caso, los colaboradores pertenecen a la tierra, y no la tierra a los colaboradores: “Porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas.” No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús el Señor, y nosotros siervos de ustedes por Jesús.

II. Ahora tenemos que notar, en nuestro segundo encabezado, que EL GRANDIOSO LABRADOR EMPLEA COLABORADORES. Dios obra ordinariamente Sus designios mediante una agencia humana. Él podría, si así le agradara, ir directo a los corazones de los hombres, pero esa es Su decisión, no la nuestra; nosotros tenemos que ver con palabras como estas:

“Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”. La comisión del Señor no es, “quédense quietos, y vean al Espíritu de Dios convertir a las naciones”; sino “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”. Este es el método de Dios para suministrar alimento a la raza humana. En respuesta a la oración “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”, Él habría podido ordenar a las nubes que dejaran caer maná, mañana tras mañana, a la puerta de cada hombre; pero Él ve que es para nuestro bien que trabajemos, y así usa las manos del labriego y del sembrador para nuestro abastecimiento. Dios podría arar y sembrar la labranza elegida, la iglesia, por un milagro, o por ángeles; pero es un gran ejemplo de Su condescendencia hacia Su iglesia, que Él la bendiga a través de Sus propios hijos e hijas. Él nos emplea para nuestro propio bien, pues nosotros que somos colaboradores en Sus campos, recibimos mucho mayor bien para nosotros mismos, del que proporcionamos.

El trabajo desarrolla nuestro músculo espiritual y nos mantiene saludables. “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.” Entonces, es una gracia. Descubrimos que es un medio de gracia para nuestras almas que prediquemos el Evangelio. He oído decir, y yo creo que hay algo de verdad en ello, que aquellos que tienen que predicar están bajo la tentación de familiarizarse tanto con las cosas sagradas, que cesan de sentir su poder. Si esto fuese cierto, sería una prueba terrible de nuestra depravación total, pues entre más no familiaricemos con las cosas santas, más deberíamos ser afectados por ellas; y esto sé, que ha sido el mayor medio de gracia para mí, estar ligado por mi oficio al estudio de las Escrituras, y tener que depender de la ayuda de Dios para exponerlas. Algunos de ustedes, que no crecen en la gracia al oír a otras personas, avanzarían posiblemente mucho más, si ustedes mismos intentaran predicar: de todas maneras no andarían buscando los errores de otras personas.

Cuando oigo que una persona dice: “no puedo oír a mi ministro,” le sugiero que compre una bocina. “Oh,” responde, “no quise decir eso. Quiero decir que no gozo su predicación.” Entonces yo le digo: “predica tú mismo.” “No puedo hacer eso.” “Entonces no le estés buscando fallas a quien está haciendo su mejor esfuerzo.” En vez de culpar al labriego,

intenta arar un surco tú mismo. ¿Por qué rezongar por las malezas? Toma un azadón, y quita las malezas como un hombre. ¿Piensas que los vallados están desarreglados? Ponte los guantes de cuero, y ayúdanos a podarlos.

Nuestro gran Señor quiere que cada colaborador en Su labranza reciba algún beneficio del trabajo, pues no le pone nunca bozal al buey que trilla. El pan de cada día del colaborador proviene del suelo. Aunque no trabaje para sí mismo, sino para su Señor, tiene su porción de alimento. En el granero del Señor hay semilla para el que siembra, pero también hay pan para el que come. Independientemente de cuán desinteresadamente sirvamos a Dios en la labranza de Su iglesia, nosotros somos partícipes del fruto. Es una gran condescendencia de parte de Dios que nos use para algo, pues a lo sumo somos pobres herramientas, y servimos más de obstáculo que de ayuda.

Los colaboradores empleados por Dios están todos ocupados en una obra necesaria. Adviertan, “Yo planté, Apolos regó.” ¿Quién tocó el gran tambor, o sonó su propia trompeta? Nadie. En la labranza de Dios, nadie es mantenido con propósitos ornamentales. He leído algunos sermones que sólo podrían haber tenido el propósito del exhibicionismo, pues no había ningún grano del Evangelio en ellos. Eran arados sin reja, sembradoras sin grano, trituradoras hechas de mantequilla. Yo no creo que nuestro Dios pague jamás salarios a los hombres que sólo caminan por las tierras para que los vean. Los excelentes oradores que despliegan su elocuencia son más parecidos a los gitanos que se extravían en el huerto para robar gallinas, que a los honestos colaboradores que producen una cosecha para su señor.

Vamos, muchos de los miembros de nuestras iglesias viven como si el único negocio de la labranza fuera arrancar zarzamoras o recoger flores silvestres. Son grandiosos para encontrar fallas a lo que las demás personas han arado o podado, pero no harán ningún movimiento con su mano. Vamos, mis buenos compañeros, ¿por qué están todo el día desocupados? La mies es mucha, mas los obreros pocos. Ustedes que se consideran más cultivados que la gente ordinaria, si en verdad son cristianos, no deben pavonearse y despreciar a quienes están laborando duro. Si lo hicieran, yo diría: “esa persona ha confundido a su señor; probablemente esté trabajando para algún caballero granjero, al que le gusta más el espectáculo que la

ganancia; pero nuestro grandioso Señor es práctico, y en Su propiedad, Sus obreros apoyan en las labores necesarias.” Cuando ustedes y yo predicamos o enseñamos, sería bueno que nos preguntáramos a nosotros mismos, “¿Cuál es la utilidad de lo que voy a hacer?” Estoy a punto de enseñar un tema difícil: ¿aportará algún bien? He elegido un abstruso punto de teología: ¿servirá para algún propósito?

Hermanos, un obrero puede muy bien trabajar muy duro por un capricho propio y desperdiciar su labor, pero esto es insensatez. Algunos sermones no hacen más que mostrar la diferencia entre *fu* o *fa*, y ¿para qué nos sirve eso? Supongan que sembramos los campos con aserrín, o los rociamos con agua de rosas, ¿qué hay con eso? ¿Acaso bendecirá Dios nuestros ensayos morales, nuestras notables composiciones, o nuestros bellos pasajes? Hermanos, debemos apuntar a la utilidad: debemos, como colaboradores conjuntamente con Dios, ocuparnos con algo que valga la pena. “Yo,” dirá alguno, “he plantado”: está bien, pues debe plantarse. “Yo,” responde otro, “he regado”: eso también está bien y es necesario. Cuídense de que cada uno traiga un sólido informe, pero que nadie se contente con el simple juego de niños de la oratoria, o con lograr entretenimientos y cosas semejantes.

En la labranza del Señor hay una división del trabajo. Incluso Pablo no dijo: “yo he plantado y he regado.” No, Pablo plantó. Y Apolos ciertamente no podía decir: “yo he plantado y también he regado.” No, para él era suficiente dedicarse a regar. Ningún hombre posee todos los dones. Cuán necios, entonces, son aquellos que dicen: “yo disfruto el ministerio de Fulano de Tal porque edifica a los santos en doctrina, pero cuando no estuvo el otro domingo, no pude recibir ningún beneficio del predicador, porque estaba totalmente orientado a la conversión de los pecadores.” Sí, él estaba plantando; tú has estado plantado desde hace un buen tiempo, y no necesitas ser plantado otra vez, pero deberías estar agradecido porque otros sean hechos partícipes del beneficio. Uno siembra y otro cosecha, y por tanto, en vez de quejarte del labriego honesto porque no trajo consigo una hoz, deberías haber orado por él, para que tuviera la fortaleza para arar profundo y quebrantar los corazones endurecidos. Hagamos todo lo que podamos, y tratemos de hacer más, pues entre más cosas hagamos, mejor. “No debe poner demasiados hierros en el fuego,” dirá alguien. Pero yo

digo: pon todos los hierros en el fuego, y si no tienes suficiente fuego, clama a Dios hasta que lo tengas; pega fuego a tu alma entera, y mantén calientes todos tus hierros. Sin embargo, puedes descubrir que es sabio encaminar tu fuerza en un línea de cosas que entiendas, de tal forma que mediante la práctica te vuelvas experto en eso. Cada persona debe descubrir su propio trabajo y hacerlo con todas sus fuerzas.

Observen que en la labranza de Dios, hay unidad de propósito entre los colaboradores. Lean el texto: “Y el que planta y el que riega son una misma cosa.” Un Labrador los ha contratado, y aunque pudiera enviarlos a diferentes horas, y a diferentes partes de la labranza, todos ellos son uno al ser usados para un fin, para trabajar por una cosecha. En Inglaterra no sabemos que lo que significa regar, porque un finquero no podría regar toda su finca; pero en el Oriente, un hortelano riega casi cada pulgada de terreno. No tendría ninguna cosecha si no usara todos los medios para irrigar sus campos. Sin han estado alguna vez en Italia, Egipto, o Palestina, habrán visto un sistema completo de pozos, bombas, ruedas, baldes, canales, arroyuelos, tuberías, etcétera, por medio de los cuales el agua es transportada por todo el huerto a cada planta, pues de otra manera, con el extremo calor del sol, todo se secaría. La siembra necesita de sabiduría, y el riego necesita otro tanto, y juntar estos dos trabajos requiere que los obreros sean de una sola mente. Es malo cuando los obreros tienen propósitos encontrados, y trabajan unos en contra de otros, y este mal se agrava en la iglesia, más que en cualquier otra parte.

¿Cómo puedo plantar con éxito si mi asistente no riega lo que yo he plantado; o, ¿de qué sirve que yo riegue si no hay nada plantado? La agricultura se echa a perder cuando personas insensatas se ocupan de ella, y disputan al respecto, pues desde la siembra hasta la cosecha la obra es una, y todo debe hacerse con un fin. ¡Oh, que tuviéramos unidad! Laboremos juntos todos nuestros días, como lo hemos hecho en esta iglesia hasta este momento.

Se nos pide que advirtamos en nuestro texto que todos los obreros reunidos no son absolutamente nada. “Así que ni el que planta es algo, ni el que riega.” Los obreros no son nada sin su líder. Los trabajadores de una finca no podrían manejarla si no tuvieran a nadie a la cabeza, y todos los

predicadores y obreros cristianos del mundo no pueden hacer nada a menos que Dios esté con ellos. Recuerden que cada obrero en la labranza de Dios ha recibido todos sus dones de Dios. Nadie sabe cómo plantar o regar las almas a menos que Dios le enseñe cada día. Todos estos santos dones son concesiones de la gracia inmerecida. Todos los obreros trabajan bajo la dirección y ordenamiento de Dios, o laborarán en vano. No sabrían cuándo o cómo hacer su trabajo, si su líder no los guiara por Su Espíritu, sin cuya ayuda no podrían ni siquiera pensar un buen pensamiento. Todos los buenos colaboradores de Dios deben acudir a Él por su semilla, pues de lo contrario esparcirán cizaña. Toda la buena semilla procede del granero de Dios. Si predicamos, debe ser la palabra verdadera de Dios o nada saldrá de la predicación. Más que eso, toda la fortaleza que está en el brazo del labriego para sembrar la semilla celestial debe serle dada por su Señor. Nosotros no podemos predicar a menos que Dios esté con nosotros. Un sermón es plática vana y un horrible tejido de palabras a menos que el Espíritu Santo le dé vida. Él nos tiene que dar tanto la preparación del corazón como la respuesta de la lengua, o seremos como hombres que siembran en el viento. Cuando la buena semilla es sembrada, todo el éxito de ella descansa en Dios. Si Él escondiera el rocío y la lluvia, la semilla nunca brotaría del suelo; y a menos que Él brille sobre la verde espiga, esta no maduraría nunca. El corazón humano permanecería estéril, aunque el propio Pablo predicara, a menos que Dios el Espíritu Santo obre con Pablo y bendiga la palabra a quienes la oyen. Por tanto, si el crecimiento es únicamente de Dios, pongan a los colaboradores en su lugar. No nos engrandezcan, pues cuando hayamos hecho todo, siervos inútiles somos.

Sin embargo, aunque la inspiración llama a los siervos inútiles, los considera importantes, pues dice: “Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor.” No son nada, y sin embargo serán recompensados como si fuesen algo. Dios obra nuestras buenas obras en nosotros, y luego nos recompensa por ellas. Aquí tenemos una mención de un servicio personal y una recompensa personal: “Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor.” La recompensa es proporcional, no al éxito, sino a la labor. Muchos obreros descorazonados pueden ser consolados por esa expresión. No se les pagará por resultados, sino por los esfuerzos. Puede ser que tengan que arar sobre un pedazo endurecido de arcilla, o sembrar en un pedazo de tierra fatigada, donde las piedras, y los pájaros, y las espinas, y

los viajeros y un sol quemante estén coaligados contra la semilla, pero ustedes no son responsables por estas cosas; su recompensa será conforme a su labor. Algunos ponen mucho esfuerzo en un pequeño campo, y logran mucho. Otros dedican mucha labor a través de una larga vida, y sin embargo ven un pequeño resultado, pues está escrito: “Uno es el que siembra, y otro es el que siega;” pero el que siega no recibirá toda la recompensa, y el que siembra recibirá su porción del gozo. Los obreros no son nada, pero entrarán en el gozo de su Señor.

Unidos, de acuerdo con el texto, los obreros ha tenido éxito, y esa es una parte grandiosa de su recompensa. “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios.” Con frecuencia los hermanos dicen en sus oraciones: “Un Pablo puede plantar, un Apolos puede regar, pero todo es en vano a menos que Dios dé el crecimiento.” Esto es muy cierto, pero otra verdad es también pasada por alto, es decir, que cuando Pablo planta y Apolos riega, Dios da efectivamente el crecimiento. No laboramos en vano. No habría ningún crecimiento sin Dios, pero no estamos sin Dios: cuando tales hombres como Pablo y Apolos plantan y riegan, tenemos la seguridad que habrá un crecimiento; son el tipo correcto de obreros, trabajan con el espíritu necesario, y en verdad Dios les bendecirá.

Esta es una gran parte de la paga de los obreros: yo soy rico, he crecido en bienes, no tengo necesidad de nada, cuando veo la conversión de las almas; mi corazón salta de júbilo; mi espíritu está alegre, y estoy listo a cantar: “Engrandece mi alma al Señor”: pero si alguna vez llegara al punto de que estuviera aquí domingo tras domingo y no viera conversiones, y la iglesia decreciera en vez de experimentar un crecimiento, lo tomaría como un indicio que debería llevar mi arado a otra parte, para esparcir mi semilla en otro suelo. Mi corazón se quebrantaría por la falta de éxito, o clamaría a Dios para que lo quebrantara, pues el que trabaja y no obtiene fruto debería estar descorazonado en su labor. ¿Qué harían ustedes, labriegos? Ustedes están medio decididos a renunciar ahora, porque han tenido dos o tres años malos; pero, ¿qué harían si no vieran una cosecha del todo? Vamos, despejarían el terreno y se irían a las praderas occidentales o a la selva del continente del sur, para ver si el suelo, en otra parte, recompensa su labor. ¡Hagan lo mismo, hermanos ministros! Si han estado trabajando en un lugar por años, y no han llevado almas a Jesús, empaquen sus bártulos y váyanse

a otra parte. No rompan permanentemente su arado sobre las rocas. Es un mundo grande, y hay mucha buena tierra en alguna parte, por tanto, búsqüenla. Si sufren persecución en una ciudad, huyan a otra, y que la palabra de Dios sea publicada más ampliamente debido a que son itinerantes.

III. Suficiente en cuanto a los obreros. Ahora, regresamos al punto principal. EL PROPIO DIOS ES EL GRANDIOSO LABRADOR. Él puede usar a cuantos colaboradores quiera, pero el crecimiento proviene únicamente de Él. Hermanos, ustedes saben que es así en las cosas naturales: el más hábil labriego no puede hacer que el trigo germine, y crezca y madure. Ni siquiera puede preservar un solo campo hasta el tiempo de la cosecha, pues los enemigos del granjero son muchos y poderosos. En la agricultura el líquido se derrama con frecuencia entre la copa y la boca; y cuando el granjero piensa —buen hombre tranquilo— que cosechará su grano, hay muchas plagas y hongos que permanecen por allí para robarle sus ganancias.

Dios debe dar el crecimiento. Si hay alguien que depende de Dios, es el agricultor, y a través de él, todos nosotros somos dependientes de Dios, cada año, para el alimento por el cual vivimos. Incluso el rey debe vivir por el crecimiento del campo. Dios da el crecimiento en el granero y en el almiar; y en la labranza espiritual es más relevante todavía, pues, ¿qué puede hacer el hombre referente a esto? Si alguno de ustedes piensa que es algo fácil ganar una alma, me gustaría que lo intente. Supongan que sin la ayuda divina intentaran salvar un alma: igual podrían intentar hacer un mundo. Vamos, no podemos crear una mosca, ¿cómo podrías crear un nuevo corazón y un espíritu recto? La regeneración es un gran misterio, está fuera de nuestro alcance. “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.” ¿Qué podríamos hacer ustedes y yo referente a esto? Está fuera de nuestro palio, y más allá de nuestra línea. Podemos expresar la verdad de Dios, pero aplicar esa verdad al corazón y a la conciencia es una cosa muy diferente. He estado hablando aquí, y he predicado a Jesucristo, lo he hecho entregando mi corazón, y sin embargo, yo sé que nunca he producido ningún efecto salvador en ningún hombre no regenerado, a

menos que el Espíritu de Dios tome la verdad y abra el corazón, y coloque la semilla viva dentro de él.

La experiencia nos enseña esto. De igual manera, es obra del Señor mantener viva la semilla cuando brota. Creemos que tenemos convertidos, y no pasa mucho tiempo antes que estemos frustrados por ellos. Muchos son como floraciones en nuestros árboles frutales; son hermosas a la vista, pero no llegan a nada; y otros son como los abundantes pequeños frutos que se caen mucho antes que hayan alcanzado algún grado de desarrollo: llega una noche fría o una plaga, y desaparecen nuestras esperanzas de una cosecha: lo mismo sucede con buscadores que motivan esperanzas. El que preside sobre una gran iglesia, y siente una agonía por las almas de los hombres, pronto quedará convencido que si Dios no obra, no se hará ninguna obra: no veremos ninguna conversión, ni santificación, ni perseverancia final, ni gloria dada a Dios, ni satisfacción por la pasión del Salvador. Bien dijo nuestro Señor: “Separados de mí nada podéis hacer.”

¿Cuál es el efecto de todo esto en sus mentes? Brevemente voy a sacar ciertas lecciones prácticas extraídas de esta importante verdad: la primera es que, si toda la labranza de la iglesia pertenece exclusivamente al grandioso Labrador, y los colaboradores no valen nada sin Él, esto debe promover la unidad entre todos aquellos que emplea. Todos estamos bajo un Señor, entonces no tengamos contiendas. Es una gran lástima cuando los ministros se critican con dureza entre sí, y cuando los maestros de la escuela dominical hacen lo mismo. Se trata de una envidia miserable cuando no podemos soportar ver que otras personas de diferentes denominaciones hagan el bien, que obren a su propia manera. Si un nuevo obrero viene a la labranza, y usa un saco de un nuevo corte, y utiliza un azadón que tiene una nueva forma, ¿acaso me convertiré en su enemigo? Si él hace su trabajo mejor que yo hago el mío, ¿me pondré celoso? ¿Acaso no recuerdan haber leído en las Escrituras que, en una ocasión, los discípulos no podían echar fuera a un demonio? Esto debió de haberlos humillado; pero para nuestra sorpresa, leemos unos cuantos versículos adelante que Juan y otros, vieron a uno que echaba fuera a los demonios en el nombre de Cristo, y Juan dice: “Se lo prohibimos, porque no nos seguía.” Ellos mismos no podían echar fuera al demonio, y les prohibieron a quienes podían hacerlo.

Un cierto grupo de personas va por ahí ganando almas, pero debido a que no lo están haciendo a nuestra manera, no nos gusta. Es cierto que usan todo tipo de extraños recursos y excitaciones desmedidas, pero efectivamente salvan almas, y ese es el punto más importante. Sin embargo, hay caballeros que jamás convirtieron ni a la mitad de un alma, que exclaman: “esto es fanatismo.” Vayan y háganlo mejor ustedes antes de buscar defectos. En vez de objetar, animemos a todos los del bando de Cristo. La justicia es justificada por sus hijos. Los obreros deberían estar satisfechos con el nuevo arador si su señor lo está.

Hermano, si el grandioso Señor te ha empleado, no es asunto mío cuestionar Su derecho. No me gusta tu figura, y no puedo entender cómo podemos tener a tal individuo en la labranza; pero como Él te ha empleado, no tengo derecho de juzgarte, pues me atrevo a decir que yo me veo tan raro a tus ojos como tú te ves a los míos. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Puedo mostrarte cómo trabajar mejor? O, ¿puedes decirme algo para que pueda mejorar mi trabajo? ¿Acaso no puede el Señor emplear a quien le plazca? Si sale un nuevo azadón o un rastrillo nuevo, y tú que has estado trabajando consistentemente por años, abres tus ojos y dices: “no voy a usar esta herramienta nueva”, ¿eres sabio? No uses el nuevo invento si no lo has probado y puedes trabajar mejor a tu manera; pero que el otro hombre lo use, si le parece una herramienta más fácil de manejar. Si se inventan nuevos métodos para invitar a la gente a oír el Evangelio, por la creatividad de su devoción, dejen que los hermanos los usen; y si no podemos imitarlos, al menos sintamos que seguimos siendo uno, “porque uno es vuestro Maestro, el Cristo.”

Esta verdad, sin embargo, debe mantener a todos los obreros siendo dependientes. ¿Vas a predicar, jovencito? “Sí, voy a hacer mucho bien.” ¿En serio? ¿Acaso se te olvida que no eres nadie? “Ni el que planta es algo.” Un teólogo viene rebosante del Evangelio para consolar a los santos. Si no viene en estricta dependencia de Dios, él, tampoco, no es nadie. “Ni el que riega.” El poder pertenece a Dios. El hombre es vanidad y sus palabras son viento; únicamente a Dios pertenece el poder y la sabiduría. Si mantenemos nuestros lugares con toda humildad, nuestro Señor nos usará; pero cuando nos exaltamos a nosotros mismos, nos dejará en nuestra nada.

A continuación observen que este hecho ennoblece a todo mundo que labora en la labranza de Dios. Este pasaje hace que mi corazón dé vuelcos cuando lo leo; mi propia alma es alzada con gozo cuando veo estas palabras, “Porque nosotros somos colaboradores de Dios”: somos compañeros de trabajo de Dios: simples obreros en Su labranza, pero obreros con Él. ¿Trabaja el Señor con nosotros? Sí. “Ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían.” “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”, es lenguaje para todos los hijos de Dios, así como también para el grandioso Unigénito. Dios está contigo, hermano; Dios está contigo, hermana, cuando le sirves con todo tu corazón. Cuando le hablas a tu clase dominical lo concerniente a Jesús, es Dios el que habla por ti; cuando te encuentras al extraño en el camino, y le hablas de la salvación por fe, Cristo está hablando contigo de la misma manera que habló con la mujer en el pozo; cuando te diriges a la tosca multitud al aire libre, jovencito, si estás predicando del perdón a través de la sangre expiatoria, es el Dios de Pedro quien testifica de Su Hijo, igual que lo hizo en el día de Pentecostés.

Oh, hermanos obreros, el nuestro es un elevado honor, puesto que el Padre está con nosotros y obra por nosotros. Como dijo el señor Wesley: “lo mejor de todo es que Dios está con nosotros.” El Señor de los ejércitos está con nosotros, y por tanto, no podemos fracasar. Si pudiéramos ser derrotados cuando trabajamos con Dios, entonces el propio honor de Dios estaría comprometido, y eso no puede ser.

Pero, finalmente, cómo debe esto ponernos de rodillas. Puesto que no somos nada sin Dios, clamemos poderosamente a Él por ayuda en esta hora de santo servicio. Que tanto el que siembre como el que coseche oren juntos, pues de lo contrario nunca se regocijarán juntos. Como iglesia Dios nos ha bendecido tan ricamente, que en generaciones venideras se hablará como de una maravilla, que Dios favorezca tan grandemente a una congregación durante tantos años; pero ha sido entera y únicamente como respuesta a la oración. Muy lejos de suponer que nuestra unión y prosperidad son en cualquier medida debidas a mí, yo protesto que la única causa de todas las almas ganadas en este lugar, se debe encontrar en las oraciones de los santos. Dios en Su gran misericordia ha dado el espíritu de oración a ustedes y a otros que me aman, y de aquí que yo sea altamente

favorecido. Yo estoy terriblemente temeroso que este espíritu de oración se apague: estoy celoso de que no comiencen a pensar que el predicador es algo, y dejen de orar por él. Hay una congregación más escasa cuando me encuentro lejos, y por tanto me temo que tienen alguna dependencia de mí, y no esperan una bendición si yo estoy ausente. ¿Acaso es así? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora van a acabar por la carne? ¿Han comenzado a ser de Spurgeon? Esto no funcionará nunca. Hermanos, esto no funcionará. Debemos de desprendernos de esa tendencia antes de que crezca en nosotros. Dios puede bendecir a un hombre al igual que a otro. Yo no sé que siempre lo haga, pero puede hacerlo; y tal vez, si ustedes esperaran que lo hiciera, lo haría. Si ustedes vinieran a esta casa con el mismo espíritu de oración por otros, como oran por mí, obtendrían la misma bendición. Yo soy el más débil de los débiles aparte de Dios, por tanto oren por mí; pero otros son débiles también, por tanto oren por ellos también. Les pido que oremos poderosamente por una bendición. Oren siempre. Oren en sus aposentos privados, en sus altares familiares, en su trabajo, y en su tiempo libre, y también en este lugar.

Vengan en mayor número para orar por una bendición. Tenemos muchas reuniones de oración establecidas, manténganlas florecientes. Las ventanas del cielo se abren con facilidad si nuestras bocas y nuestros corazones son abiertos en oración. Si la bendición es retenida, es debido a que no clamamos por ella ni la esperamos. Oh, hermanos obreros, vengan al propiciatorio, y verán la labranza de Dios regada de lo alto, y arada con habilidad divina, y los segadores pronto retornarán de los campos cargando las gavillas, aunque, tal vez, cuando salieron a sembrar, iban llorando. A nuestro Padre, que es el Labrador, sea toda la gloria, por siempre y para siempre. Amén.



(α) Porción de la Escritura leída antes del Sermón: 1 Corintios 3. [Copiado más abajo] [\[volver\]](#)

1 Corintios 3

Colaboradores de Dios

1 De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.

2 Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía,

3 porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?

4 Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?

5 ¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor.

6 Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios.

7 Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento.

8 Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor.

9 Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios.

10 Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica.

11 Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.

12 Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca,

13 la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará.

14 Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó,

recibirá recompensa.

15 Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.

16 ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

17 Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.

18 Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio.

19 Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: El prende a los sabios en la astucia de ellos.

20 Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos.

21 Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro:

22 sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro,

23 y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

Reina-Valera 1960